



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El conocimiento de la historia como obstáculo y posibilidad de la integración e identidad latinoamericana

Autor: Ruiz Gaytán, Beatriz

Forma sugerida de citar: Ruiz, B. (1991). El conocimiento de la historia como obstáculo y posibilidad de la integración e identidad latinoamericana. *Cuadernos Americanos*, 5(29), 135-145.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 29, (septiembre-octubre de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R.© 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL CONOCIMIENTO DE LA HISTORIA COMO OBSTÁCULO Y POSIBILIDAD DE LA INTEGRACIÓN E IDENTIDAD LATINOAMERICANA

Por *Beatriz RUIZ GAYTÁN*
CCYDEL. UNAM

SON MILES las posibilidades y obstáculos para el logro de la integración y la identidad latinoamericana.

Al encontrar los obstáculos y reconocerlos, sin disfrazarlos, se abatirá uno de nuestros miedos clásicos: el de llamar a las cosas por su nombre y así, nada más, aparecerán las posibilidades. Algunos de estos obstáculos son insalvables; también están los que se nos han puesto a modo de espantapájaros y, desde luego, están aquellos que cada generación latinoamericana se ha autocolocado y que se hacen cada vez más grandes.

En el campo en que me muevo (la historia), y que es en el que puedo decir algo, está la mejor colección de obstáculos para no ver que nuestra integración y nuestra identidad están sólo allí atrás de ellos. Este campo es viejo, vilipendiado y a veces muy desprestigiado, pero, a pesar de todo, la historia queda siempre allí, puesto que al fin y al cabo la historia no es sino la vida.

Lo que aquí expongo es un simple testimonio; y si bien no todos los testimonios son de fiar, creo que éste lo es porque viene protegido con un modesto cobijo de autenticidad, y, por ende, con un esperanzado deseo de credibilidad. Mi aval —sin nada extraordinario en su haber— son 25 años de enseñar historia en la Facultad de Filosofía y Letras de esta universidad, en un área del conocimiento histórico traumático, y hoy (sin hipérbole) hasta peligroso para la integridad intelectual, el prestigio académico y para la mínima tranquilidad que se supone en la existencia de quien hace vida de aula o de biblioteca. El área a que me refiero es historia de España e historia de América y las peripecias que semejantes historias englo-

ban, giran sobre todo alrededor de la conjunción 1492, hecho que se remonta a quinientos años.

Dice un aforismo que "la mejor manera de aprender es enseñar"; así que, metida de lleno —por imperativos que no es del caso mencionar— en la descomunal tarea de enseñar lo que ya he señalado, empecé a reflexionar sobre el porqué de nuestra autoincomprensión, de nuestra desubicación en el mundo, de nuestros desajustes internos y externos, de nuestra soledad en vez de nuestra solidaridad, y de algunos obstáculos más para lograr la tan buscada identidad e integración. Parte de todo ello se debe a nuestra enormemente deficitaria conciencia histórica, lo que hace presumir, *ipso facto*, la presencia de un devaluado modo de enseñar la historia, desde el nivel primario hasta aquél donde cada ciudadano llegue, que generalmente —y para nuestra desgracia—, no va más allá de una precaria educación primaria.

Lo curioso, lo increíble, y sólo explicable en el espacio geohistórico mexicano (y latinoamericano en general), es que si sobre algo se habla con abundosa palabrería, si hay algo que se invoque en discursos, artículos, proyectos nacionales, fiestecitas familiares y fiestones, es nuestra historia, nuestras tradiciones, nuestro glorioso pasado, nuestros impolutos héroes, lo "nuestro". Y así, en pretensión de nacionalismo, hemos creado cotos encristalados que nos han llevado a confusiones sobre trascendentales problemas. Somos singulares, pero no somos los únicos en la faz de la tierra; somos los dueños de nuestro destino pero no vivimos en un espacio amurallado; hemos confundido la singularidad con el nacionalismo, el nacionalismo con la autosuficiencia verbal, la autosuficiencia verbal con la madurez, la madurez con la demagogia, la demagogia con la historia y la historia con el folklore, entre otras cosas.

Podríamos caer una vez más en la tentación "nacionalera" de lo estrictamente propio, lo demarcado al sur y al norte, lo gobernado por nuestras instituciones: otra vez "¡lo nuestro!". Pero esto ya no puede pensarse ni menos hacerse así, por varias razones:

Primero, porque el plazo de ese nacionalismo, "bello fruto del egoísmo" moderno y contemporáneo, es perentorio.

Segundo, porque, en consecuencia, ya no es tiempo de buscar la nacionalidad individualista, sino la continentalidad racionalmente basada en los factores de unidad

Tercero, porque la historia tiene que ser el apoyo de esa continentalidad, que no es optativa sino obligatoria (si hemos de sobrevivir).

Cuarto, porque la aprehensión de la continentalidad lleva implícita la de cada una de las nacionalidades latinoamericanas, sin menoscabo de ninguna.

Dicho sencillamente: tenemos que saber historia de América. Así pues, parto de una afirmación general (descontadas las ilustres excepciones, las señoras golondrinas que no hacen verano): los latinoamericanos tenemos un serio compromiso (epistemológico, ontológico y axiológico); tenemos encima el problema; nuestro compromiso es del tamaño del continente, y no podremos cumplirlo en tanto no sepamos a ciencia cierta qué somos, por qué somos, para qué somos; y la mejor prueba de que no podemos contestar a estos qué, por qué y para qué es que ahora —en 1991— todavía estamos en un forcejeo de denominación, no de nosotros mismos, sino del hecho histórico que nos dio entrada a la cultura llamada occidental.

Sabemos muchas cosas de América, son innumerables e insuperables los magníficos y lúcidos estudios sobre temas de América, pero lo que no hemos aprehendido del todo es la plena conciencia histórica; no hemos llegado al apercibimiento no teórico, sino existencial, respirado, vivido, metabolizado, de lo que significamos, de lo que nos hace ser lo que somos y no otra cosa. Tengo la certeza de que tal vez lo que digo suene agresivo para algunos oídos; quizá se piense que sobre este asunto ya no vale la pena discutir porque tiene el olor rancio de una flor disecada ante el "rigor" de los métodos vanguardistas en ciencias sociales, por los que ya fuimos y vinimos; pero no estemos tan seguros.

La mejor prueba de que no hemos regresado, más aún, de que ni siquiera vamos por el camino cierto del problema América, es que todavía no lo hemos entendido y de que lo tenemos que discutir continuamente.

Europa nunca dejó de fijar su atención en las ubérrimas y enormes extensiones de este continente. Poco a poco fueron compartiendo este interés todos los sitios del mundo.

La Europa de aquel momento, la soberbia Europa del Renacimiento —soberbia tanto en el sentido de esplendidez y magnificencia como en la acepción de pecado capital atentatorio contra todas las humildades—, no podía pensar, no podía "aceptar" al nuevo continente más que a su imagen y semejanza. Pasó el tiempo, España dominó sobre islas y continente; Portugal engrandeció su imperio con el Brasil; Inglaterra y Holanda, cien años más tarde, se establecían en Cape Cod, en Manhattan, en Virginia.

En decir, se conforman fundamentalmente tres procesos histó-

ricos, distintos entre sí, pero sobre una masa terrestre común, engendradora de novedades (como Latinoamérica, ¡vaya novedad!).

Pero Latinoamérica no es una curiosidad ni una rareza, es un conjunto de países cuyos mismos habitantes deben conocer en serio, al igual que el resto del mundo, porque ocupa un gran espacio en el globo terrestre, porque representa la segunda o tercera posición de unidad lingüística, por su peso histórico en cuanto a culturas primitivas y en cuanto parte de la primera hegemonía mundial moderna, por su potencialidad inédita, etcétera. Pero no hemos logrado la certeza de nosotros mismos, la certeza que nos da la historia, la certeza del origen, la certeza del crecimiento, la certeza de la maduración, la certeza de la realidad presente, y por ende no contamos con la relativa, pero tranquilizadora, certeza del futuro.

Esto no ha estado a nuestro alcance debido a un conocimiento que ha sido abordado a partir de múltiples errores de nuestra historia. Prueba irrefutable de ello es la enorme y constante bibliografía de traumática búsqueda. Por supuesto que no hemos olvidado a los clásicos de la expresión latinoamericanista: Rodó, Martí, Bolívar mismo, Lastarria, Bilbao, Vasconcelos, ni a todos los que hoy, en un esfuerzo más continental, trabajan solidaria y científicamente, aunque no menos angustiados: Leopoldo Zea, Abelardo Villegas, Arturo Andrés Roig, Jorge García Laguardia, Francisco Miró Quesada, Domingo Miliani, João Cruz Costa, Darcy Ribeiro, Arturo Ardao, y tantos más. Imposible no mencionar la brillante serie de "lo mexicano" impulsada por aquella otra talentosa búsqueda del ilustre transterrado José Gaos, que perdió la patria, trasladó su drama a México, y fue el maestro de jóvenes filósofos que, después de Samuel Ramos, se inquietaron por su propio ser y en espléndida labor intelectual se dieron también a buscar la patria. Y si por fin hemos de encontrarla, hay que empezar por partir del hecho innegable de nuestras carencias y nuestros desvíos en el conocimiento histórico de América Latina y decidimos, por lo menos, a llevar cuenta de cuáles son y dónde están los errores y los escollos.

Son muchos: de las formas de usar el método, de periodización, de regionalización, de terminología, de omisión, amén de varios otros de pura y llana confusión. Es obvio que aquí no vamos a revolver los problemas y ni siquiera a señalarlos con detenimiento. Simplemente hemos de hacer notar algunos. No podemos seguir hablando de nuestros problemas como "abstracción metodológica" o como nostalgia de sobremesa, sino como empresa de diagnóstico crítico, para la cual todo aprovechamiento de metodologías es po-

sitivo si se somete a una tamización crítica o selectiva, para no caer en modas o implantaciones dogmáticas. "Más que de modas, estamos urgidos de modelos contruidos a partir de nuestra propia reflexión diferenciadora de la cultura que estamos produciendo".¹

Aherrojarnos —para hacer la historia de este continente en un método porque así lo proclaman los "integrados", los "identificados" e "identificables", y los que en vez de pedir "prestan"— es de un sonrojante neocolonialismo del que urge salir. Sí, las metodologías importadas y aceptadas sin más nos colonializan.

También el problema de la periodización es grave. Generalmente se hace una división tosca en el caso de la historia de América: época prehispánica, época colonial, época independiente y época contemporánea.

Es claro que la época prehispánica ocupa mucho espacio escolar y profesional en los países donde florecieron importantes culturas anteriores al Descubrimiento, y así debe ser, pero hay que incluir también un estudio conjunto de la heterogeneidad prehispánica, es decir, se debe entender que la existencia y la calidad de todos los estratos o la ausencia de éstos determina en buena medida el modo práctico de dominio que ejercerán los conquistadores, y los modos teóricos de independencia que ensayarán los países ya libres.

Mal podemos hablar de Alan García; mal podemos entender la sostenida artificialidad de los problemas Estado-iglesia en México; y mucho más difícil nos resultará captar el porqué de la democracia chilena anterior a Allende, si no sabemos más de la idiosincrasia de esos pueblos, parcialmente determinada en unos por supervivencias indígenas, y en otros por la ausencia de éstas.

Latinoamérica tiene que estudiarse en dos direcciones cronológicas bipolarizadas: del Descubrimiento hacia atrás, para aprehender el trasfondo prehispánico heterogéneo, y hacia adelante, para captar la posibilidad de unidad por la homogeneidad española.

Hablar de imperio incaico, azteca, romano o inglés implica hegemonía, anexión, pero no explica las cuatro realidades históricas mencionadas. El Tahuantinsuyo tiene que ser llamado y entendido como eso, como el Tahuantinsuyo según lo nombraron los que lo inventaron; pero además hay que crear la terminología adecuada a las categorías culturales, políticas, económicas, sociales (dicho

¹ "Regionalismo, universalidad y tecnocracia. Tres escollos de la cultura latinoamericana", ponencia presentada en el simposio *Las ideas del Descubrimiento*, México, noviembre de 1984 (inédita).

sea esto en el más estricto sentido histórico), de los pueblos prehispanicos. Hoy se confunden, por ejemplo, federalismo y libertad; todos los países tienen una constitución y se habla de república y democracia, cosa que cada uno entiende sabe Dios cómo, pero desde luego no como lo que realmente significa, pues nos asusta llamar, ya lo dije, a las cosas por su nombre. ¿Por qué no producimos la terminología apropiada a nuestra originalidad?

So pretexto de nacionalismo se hace una historia ceñida, encaillada en fronteras arbitrarias —territoriales y cronológicas— y por lo tanto desintegrante; so pretexto de vanguardismo se hace una historia insólita, desarticulada de su pasado europeo al que sólo se alude como accidente, y so pretexto de autodeterminación se ignora a los Estados Unidos como factor histórico definitivo.

En torno al problema de la regionalización, hemos de señalar que, por ahora, los países latinoamericanos mismos vivimos empecinados en hacer una historia deformada por fronteras impuestas en atención a intereses facciosos, en una regionalización esterilizante (que suponemos patriótica).

Después de la independencia, la regionalización marcada por conveniencias políticas toma carta de nacionalismo histórico absoluto, y cada país se estudia como compartimento estanco; es más, tan absurda situación hace que los intereses latinoamericanos se partan en trocitos al paso de su liberación, lo que de hecho ocasiona —a más de otras cosas— la intervención de todos los poderosos del mundo, desde el momento mismo en que se inicia la lucha por la emancipación. Y qué decir de todo lo que hemos olvidado deliberadamente creando lagunas y desiertos del conocimiento.

Como alguno de nuestros graves pecados de omisión mencionaremos el poco interés, o el interés a medias, en el estudio de la historia de España, pues ésta no puede ser abordada en forma lateral sino absolutamente imbricada en el devenir de nuestro continente.

América entra en la historia y en la geografía universales al mismo paso que el imperialismo español, paso moderno y popular; es decir, los pueblos prehispanicos aparecen frente a la conciencia y al conocimiento del mundo occidental en pleno Renacimiento.

La idea imperial española se conforma en un espacio geográfico muy disperso, pero integrado por una política totalizadora; asimismo, se produce en una época determinada. El espacio geográfico comprende, en sus demarcaciones, a los hoy países americanos hispanohablantes. La época del mero hecho concreto de la domina-

ción ultramarina corre entre 1492 y el siglo XIX, con sus dos enclaves anglosajones, 1810 y 1898.

Tenemos que aceptar, pues, que España y Latinoamérica han pertenecido al mismo espacio geográfico histórico durante la misma etapa, sin perjuicio de las peculiaridades que imponían procesos diversos previos, sobre todo donde éstos habían tenido la relevancia suficiente para fundamentar una trascendencia que llega hasta nuestros días, como en Mesoamérica o la región andina.

Hay que estudiar la historia de América en acción conjunta, simultánea y sinérgica: a Tenochtitlan y a Sevilla, a Tiahuanaco y a Cádiz, a Cuauhtémoc y a Torquemada, a Granada y los guaraníes.

Sobre la consideración del mosaico geohistórico, la gran extensión y aislamiento entre los grupos que habitaban la gran superficie americana precolombina, el historiador debe ser capaz de recrear la acción de la cultura hispánica. Hablamos de un gran quebrado con varios numerales (lo prehispánico) y un común denominador (el posdescubrimiento).

En nuestro proceso histórico, después de la independencia, pasamos del espacio y el tiempo histórico de un imperialismo integrador y permanente asentado (español) al de un imperialismo desintegrador, intermitente e intervencionista (norteamericano).

Las acciones hegemónicas de cualquier potencia, justamente por su potencialidad, se proyectan a todas las partes del mundo conocido, aunque no en la misma medida. En esta posición de indudable ejercicio del poder a escala mundial se impone una historia conjunta de dominador y dominados, con un grado de vinculación totalmente proporcional al grado de relación entre ellos. ¡Nos falta entender tanto de nuestras conexiones y vínculos históricos!

En los siglos cercanos al inicio de la era cristiana, la mitad del mundo era latino, obligado por el imperativo de Roma. Poco se puede entender de lo que sucedió entre los siglos XVI y XVIII en casi todos los ámbitos de la tierra al alcance de la técnica de entonces, sin la consideración de la dualidad renacentista española. Hoy, España, Latinoamérica, y con ambas el resto del mundo, asumen un papel en gran parte determinado por el poderío estadounidense.

La historia en estos términos debe tener más características de universalidad que de localismo, pero no es así. ¿Por qué no podemos dejar de ser tan caseros, claro, sin dejar de atender la casa?

La otra gran omisión en el conocimiento y la comprensión de nosotros mismos es la ausencia de algo que siempre debimos haber sabido en serio y a fondo: la historia de los Estados Unidos.

Y aquí al problema del equívoco conocimiento de nuestras historias se le encima el erróneo y visceral concepto que tenemos de la historia de los países mencionados: España y Estados Unidos. Esto ha sido factor decisivo para no haber logrado establecer una identidad cultural que nos defina en sentido nacional y continental, una identidad histórica sin apelaciones que nos ubique, sin que nadie se atreva a impugnarla, en el tiempo y en el espacio que nos corresponde. Y no lo hemos logrado totalmente por la reiterada ruptura con los estratos históricos básicos de esas historias (la de España y Estados Unidos), que son también nuestros y que, a querer o no, han intervenido en lo que somos, y esto —por favor— no es traición a la patria y al latinoamericanismo; es la angustia de que no podamos desprendernos de los miedos históricos que nos bloquean la visión de nosotros mismos.

La historia del imperio español que conocemos es esa por la que se ha preocupado el moderno mundo de los grandes Estados nacionales, una historia que, empiece donde empiece, se funde en rubros generalizadores. Miles de libros sobre temas monográficos, personajes, hechos militares, folklore, problemas socioeconómicos, y . . . qué sé yo, se han escrito en países fuera de España y la gran mayoría desemboca, de una u otra manera, en lugares comunes. Hay verdaderos puertos de arribo obligado para quien incursiona en la historia de España: fanatismo, obsolescencia en todo (ciencia, arte, política, economía, etcétera), crueldad, inquisición, desenfreno sexual, hipocresía y tantos más en los que caben muchos que cada uno de nosotros recuerda haber leído, oído o aprendido en la escuela.

Pero, ¿se ha revisado —por ejemplo— el móvil religioso en su real sentido, y la transformación de la religiosidad hispano-romana en hispana y menos romana y después en hispanoamericana, en atención a decenas de concesiones hechas a los indígenas? Creo que no.

No enumeremos todo como habitualmente se hace de manera fácil con la palabra: *sincretismo*; entendamos el porqué y el cómo de muchas actitudes de grandes masas rurales o urbanas de nuestros pueblos. Del mismo modo pregunto: ¿por qué no nos metemos más en el significado ontológico y axiológico de la maternidad, por ejemplo, en las indias mesoamericanas, y dejamos de atormentarnos por la única palabra que parece que explica el mestizaje: *violación*?

Y en cuanto a la historia de Estados Unidos, no debe ser para

los latinoamericanos ni un tema optativo ni mucho menos despreciado y, muchísimo menos, casi totalmente ignorado. Cuando la historiografía mexicana o latinoamericana se ocupa de los Estados Unidos, lo hace generalmente con carácter de denuncia, a veces con ánimo de agravio, otras para anatematizar al país del norte, y otras muchas con espíritu competitivo.

De ninguna manera pretendemos andar cargando el fardo funerario de nuestro pasado, que es lo que hemos venido haciendo siempre. Lo serio sería conocer de verdad ese pasado, asumirlo y vivir, *vivir* y en serio, sin más discursos y pleitos sobre cosas que pasaron hace quinientos años, sino como dice O'Gorman: "hacer comprensible la actividad pretérita para orientarse hacia el despliegue de su actividad futura".

Ya no hagamos más promesas con nuestra antigua "madre patria" de "lo mucho que nos queremos y lo bien que nos hemos llevado"; esto no se promete, se vive y ya, y no se podrá vivir si no sabemos realmente que los procesos históricos de las regiones conquistadas en América se conectaron con los procesos de una España ultramarina que se trasladó literalmente y que impuso todo lo que pudo. España y Latinoamérica han pertenecido al mismo espacio geográfico-histórico durante la misma etapa. Asimismo, al advenir la independencia y al pasar a ser vecinos de los Estados Unidos, se nos impondrá un trato estrecho y continuo que desde el cortés saludo hasta el cañoneo ha pasado por todas las complicadas fases de la relación humana; y son nuestras "coincidencias" liberales de derecho y nuestras formidables discrepancias de hecho también lo que nos ha llevado a intentar similares recorridos históricos, a veces propiciados por nosotros mismos y a veces por ellos.

Todo esto y más ha estado entretendido en un intrincado ir y venir de sur a norte y de norte a sur. Es casi un ruego: ¡conozcámoslos bien! La necesidad geográfica ineludible nos hará aceptarlos como son, esto puede ser un camino de integración; ser localistas (no menos de lo que cada uno de nosotros es) sino ser eso y además más universales.

Sí, hace falta la gran visión de conjunto, sin ella ¿cómo integrarse en un todo? Dice Carlos Bosch en su magnífico ensayo "La transición en la historia general de América": "Todavía los estudiosos hacen verdaderos esfuerzos para lograr una visión de conjunto. Las historias generales existentes han conseguido establecer capítulos poco satisfactorios de carácter general, pero siempre re-

caen en las historias nacionales, carentes del esfuerzo sintético necesario”.

Y es que no se puede llegar a la síntesis si no se ha hecho antes el análisis en conjunto de todo aquello que constituye el objeto, en este caso Latinoamérica, en el que también se ha dejado de considerar frecuentemente lo que implica el devenir latinoamericano, precisamente su latinidad, no como manejo político de última hora, que es lo que más se considera, sino como elemento esencial de un *ser* histórico.

“El historiador —sigue Bosch— se confunde con la cantidad de material que existe y por ello, al no lograr la síntesis, regresa a la historia nacional”. Yo agrego: una historia nacional llena, in-sisto, de confusiones, ignorancia y prejuicios, entre los que podemos señalar como uno de los más graves y trágicos el de la agresión que se hace también a la indigenidad (los que la tenemos). Nosotros, ¿qué hemos hecho con los indígenas? Mejor dicho: ¿los conocemos en serio?, ¿a los de antes y a los de ahora? ¿Por qué, si es así, los seguimos mirando a través de un paternalismo distinto, es cierto, pero tan castrante como todos los paternalismos mal entendidos?

Mencionaba antes la maternidad indígena, o sea la raíz del mestizaje, como un grosero ejemplo de cómo se ha enfocado esa lucha y por ende de cómo reflejamos nuestro origen en el espejo en que nos vemos. ¿Nos hemos metido realmente, a través de la rica documentación que tenemos, a comprender, a entender el contenido de lo indio? Conocemos la belleza de sus poemas, sus artes, sus modos de vida, pero no hemos llegado al descubrimiento de lo que realmente opusieron a los europeos. Y no me refiero a la guerra, no, que opusieron, no como inferiores técnicos (según hoy se les dice) sino como *enemigos* iguales en cuanto hombres.

Sabemos también todo lo que se les impuso, pero ¿qué hay de lo que ellos impusieron? No la “trampita” de un Tezcatlipoca escondido detrás de un santo cristiano; no el pan de yuca o de maíz que se impone sólo por el gusto o por el hambre; lo que impusieron con su presencia, con su peso histórico, con su específica cultura, y en la misma derrota y destrucción.

Esto ayudaría a dar al indio un papel como factor definitivamente influyente en el pensamiento imperial hispano, con todo lo que éste conlleva: administración, educación, derecho, política, etcétera. No es sólo el indio al que se le hacían cosas, sino el indio

que con su cultura, su personalidad, su contenido ético o su sentido religioso, fue capaz de influir en los llegados de Europa.

¿Por qué no los sentimos capaces de exigir o de imponer y hasta de cambiar ciertos rumbos?

Forzosamente varias de las realizaciones —y no de las menos importantes— que caracterizaron a la dominación peninsular tuvieron que ser respuesta a los requerimientos —casi siempre mudos— de los indígenas; reacciones exigidas por la presencia aborigen.

Me atrevo a afirmar que los vencidos del altiplano mesoamericano y de los Andes Centrales dictaron, sin hablar, algunas conductas oficiales y generales a la corona, a las audiencias, a los virreyes, a los obispos y hasta a algunos frailes doctrineros; y que la mentalidad de aquellos vencidos en ocasiones propició comportamientos sociales habitualmente vistos como oprobiosas imposiciones de los vencedores.

No es posible aquí poner ejemplos al respecto por obvia falta de tiempo. Viendo así las cosas, nuestro ser tal como es, con serenidad, sin actitudes adolescentes, sería casi inmediata la posibilidad de remover obstáculos —no todos, pero sí algunos muy importantes— para lograr la integración y la identidad. No insistamos más en lo superfluo, o en lo que la moda impone; despejemos el camino hacia nuestra "macondiana" latinoamericanidad, a la que llamo así con el más auténtico orgullo de nuestra "originalidad".